



LA HORA DE PORTUGAL.

HAY fotografías murales de Mozambique con este pie: «Playas de sol, playas de ensueño», y en la imagen cuatro o cinco chicos sonrientes sobre una playa mozambiqueña en traje de baño. Carteles así de atractivos en los muros de Lisboa, hasta donde está prohibido fijar carteles. Imágenes tranquilizadoras que no nos abandonan por un momento mientras vamos de aquí para allá en la ciudad del déspota ilustrado marqués de Pombal. Mozambique, Angola, Guinea no son, pues, sangrientos escenarios de una triple guerra a ocho mil kilómetros de Lisboa, en el epígono del imperio (el «largo suicidio crepuscular» llamaba a esta figura portuguesa don Miguel de Unamuno), sino más bien incitación a un viaje de luna de miel. En otros afiches un soldado del Algarve sostiene en sus brazos a un bebé negro de Angola y le sonríe, o un grupo de muchachos de los multi-raciales que habla el doctor Caetano en sus frecuentes discursos (la retórica de Caetano frente al silencio monacal de Oliveira Salazar) se disputan de un salto un balón. Dinamismo, alegría, maravillas de la «pax lusitana». Pero hay algo que ha cambiado en la piel de Portugal desde que Caetano dejó su cátedra de Derecho Administrativo para suceder a Salazar, unas mágicas transformaciones en los nombres de las instituciones. La Pide se llama ahora Dirección General de Seguridad, y las provincias de Ultramar pueden hasta hacerse llamar Estados, o la censura se convierte en «examen previo». Cambios inútiles de nomenclatura en el neosalazarismo. Las cosas siguen como estuvieron, los tecnócratas han fracasado y el país sigue todavía, con Albania, con el más bajo nivel de vida de Euro-

pa. Los portugueses a duras penas alcanzan el par de zapatos por cabeza, y París es la segunda ciudad con más habitantes de Portugal. Como dicen en las paredes de Lisboa, «Portugal no es un país pequeño». Los ideólogos del partido único presentan el grito electoral de Caetano, «evolución sin revolución». Esta es la iconografía portuguesa. Las quinielas, la popular «totobola», el fútbol, lo invaden y lo neutralizan todo. En el día más largo de Marcello Caetano, el sábado 16 de marzo, el país está pendiente de las botas de dos extranjeros, un argentino, Yazalde, en el Sporting

gunte y verá que muy pocos le dirán que sí, que conocen a Spínola, a Costa Gomes, a Luz Cunha, a Arriaga, ni siquiera a Caetano. ¿Cuántos centenares de miles de portugueses no saben que su país estuvo al borde de la guerra civil el sábado 16 de marzo? Conocían a Salazar, el padrecito, porque duró cuarenta años, y era misterioso, y lejano, y fantasmal como un personaje de cuento de hadas. Pero casi todos ellos le dirán que todo lo que pueda suceder en el país es un ajuste de cuentas entre unos pocos, los de siempre, una revuelta de palacio.

Manuel Leguineche

de Lisboa, y un peruano, Cubillas, en el Porto CF, que se van a jugar el primer puesto de la Liga en el estadio lisboeta de Aivalade. Cuando los tanques y camiones del Regimiento de Infantería se retiran a su base de Caldas da Rainha, una vez abortado el levantamiento, los hinchas del Porto se lanzan asfalto adelante hasta tomar Lisboa, como los bilbaínos Madrid en una final de Copa. ¿De qué otra cosa puede hablarse en estos momentos que de fútbol fútbol? Pregunte usted al taxista, al campesino, al muchacho de las colonias, que gana 800 pesetas al mes y se da un paseo entre las prostitutas del Barrio Alto, si conoce al general Antonio Spínola, el más laureado, el de las cinco estrellas, el autor de «Portugal y el futuro», del que se habla esos días en todo el mundo como el De Gaulle providencialista de Portugal. Pre-

La quiniela, el gol número 39 de Yazalde en lo que va de temporada, el fado, fado del que ya hablaba Camoens, las revistas españolas con chismes de princesas, el sempiterno olor a sardina en los barrios del puerto es lo que el recién llegado se encuentra en Lisboa en los días calientes de la crisis, la más grave del pos-salazarismo. Hay una comedia que tiene mucho éxito, «Ver, oír y callar», y una película de Mastroianni en un cine de la Avenida de la Libertad, «Fin de semana ilegítimo». Acaba de salir el último libro de Fernando Namora, «Estamos no ventos», y de Fernández de la Mora se anuncia profusamente el «Crepúsculo de las ideologías», traducido al portugués. Pero ni un solo ejemplar de «Las nuevas cartas portuguesas», el libro de las tres «women's lib» lisboetas, ni un ejemplar del libro de Antonio de

Spínola. Exito absoluto de «Simplemente María». Sucedáneo de «estrip» en el Fontoria, donde los portugueses corean la canción de Manolo Escobar «Y viva España»; ambiente a lo Chicote en Comodoro y un sordo cabreo, asumido al estilo portugués, por el alza de los precios: «En 1973 subió la vida un 20 por ciento, hay escasez de bacalao, y la emigración clandestina continúa. La mitad del presupuesto se destina a necesidades militares. Más de un millón y medio de trabajadores en el extranjero. Cada día que pasa es más difícil vivir y mayor la diferencia entre unas clases y otras. Esta crisis económica sólo es comparable a la que Salazar sufrió en 1961», me dice un profesor adjunto de Ciencias de la Universidad de Lisboa, cuya Facultad está cerrada por el gobierno.

Caldas da Rainha es el «e pur si muove» de Portugal, el ejemplo de que algo sutilmente comienza a cambiar por la erosión de una guerra colonial. Algo distinto a la carta de Salazar que le valió al Obispo de Oporto su exilio en Lourdes, a la toma de la «Santa María» por Galvao o a la lucha romántica, del impetuoso general Humberto Delgado, el que mataron con su secretaria, la señorita Campos, en Badajoz (Villanueva del Fresno), en febrero de 1965.

«Evolución sin revolución», «playas de ensueño» y «el soldado portugués es tan bueno como el mejor». Pero bajo estos «slogans» en las calles de Lisboa se ven jóvenes de veinte y treinta años con mulletas o con cicatrices visibles, o ciegos por las granadas de los guerrilleros de ultramar. No son los 100.000 desertores que pudieron dar «o salto» y cruzar clandestinamente los Pirineos. No sé dónde he ▶

LA HORA DE PORTUGAL

leído que los trece años de guerra en ultramar han costado unas sesenta mil víctimas a Portugal, entre muertos o gravemente mutilados. Es la guerra de la inercia imperial, a la que fatalmente se enrolan los muchachos portugueses para dos años en Angola, Guinea o Mozambique de los cuatro que dura el servicio militar, sin que sepamos si hay héroes o cobardes. La guerra tecnológica de Vietnam fue casi retransmitida en directo por la CBS o la NBC. Aquí, la televisión portuguesa emite un boletín de las fuerzas armadas, sin apenas imágenes, donde cada día se liquidan más terroristas, y el resto: el fútbol, películas americanas, telefilms y «La Pantera Rosa». Los diarios se limitan a publicar las listas de bajas, hay ceremonias fúnebres, y de vez en cuando las revistas de la Armada o de la Aviación publican la fotografía y el «currículum vitae» de un héroe caído en defensa de los valores cristianos y occidentales.

Pero hay algo más también: la llegada de los cadáveres de los soldados muertos en ultramar hasta los muelles de Lisboa. En Vietnam, los americanos los enviaban por avión hasta San Francisco. Aquí llegan por mar desde Bissau, Luanda o Lourenço Marques, y en el muelle esperan los familiares de los soldados muertos. Llegan también los vivos que han cubierto los dos años prescritos, y se juntan los gozos y los llantos de las madre de unos y otros. Los muertos vienen orlados con las banderas de sus unidades respectivas, y las mujeres portuguesas lloran con estrépito y se producen escenas patéticas entre himnos militares y los abrazos de los supervivientes a sus familiares. No saben quizá que el sostenimiento a toda costa de las colonias, lo que aquí llaman provincias ultramarinas, por parte del Estado Novo, «uno e indivisível», encubre los grandes negocios de las compañías multinacionales anglobelgas, holandesas, o norteamericanas o alemanas que explotan el petróleo de Angola, su café o sus diamantes, el aceite de palma o el petróleo de Guinea, o la copra, los cocos, el carbón de Mozambique. Una riqueza que aprovecha más a algunos generales o administradores del régimen que al «povo» portugués trágico, dolorido y silencioso.

A la guerra se iba, hasta el movimiento de los «jóvenes turcos» de la oficialidad solidarizados con las tesis de Spínola, con ese resignado gesto de tantos siglos de obedecer sin rechistar. Las protestas contra el régimen y la máquina de guerra colonial surgen a veces a través de los sabotajes del ARA, Acción Revolucionaria Armada (recuérdese el ataque a la base aérea de Tancos o a las instalaciones centrales de telecomunicación durante la reunión ministerial de la OTAN en Lisboa), o hace unos años la actividad de la LUAR, Liga para la Unión y la Acción Revolucionaria, que robó un millón, o las Brigadas Revolucionarias, que atacan asimismo instala-

ciones militares, afiliadas al Frente Patriótico, con base en Argel, o el ARCO, Acción Comunitaria Revolucionaria, que se define como marxista-leninista. Pero sólo ahora surgen las primeras reacciones entre los jóvenes capitanes, que se niegan a embarcar hacia Angola, Guinea o Mozambique, donde luchan 150.000 soldados. En Lisboa no hay huellas de una tácita resistencia a la guerra colonial, lo que Caetano ha llamado «la más pesada herencia de la historia de Portugal». Como en Vietnam, en Lisboa las paredes de los wáteres están plagadas de insultos a la misión civilizadora de Portugal en las colonias, versos sobre los generales que conducen la guerra o los gobernantes y vivas a los movimientos de liberación, el PAIGC de Guinea y Cabo Verde, el MPLA angolano o el Frelimo de Mozambique. «Graftiti», únicos reductos de la libertad de expresión, en un régimen del silencio, donde los líderes de la oposición están deportados en Timor o exiliados en Europa o Brasil, o en las cárceles por docenas de años sin juicio previo. Si alguien creyó en los primeros meses del caetanismo en la voluntad de reformas del catedrático de Administrativo, pronto cayó en la cuenta de que algunas cosas, muy pocas, cambiaban para que todo siguiera igual. Mario Soares se encuentra en París. Reconoce su propio caso como típico del fracaso de Caetano para llevar adelante su anunciado programa de liberalización. «Salazar, escribe Soares, me encarceló en una docena de ocasiones porque me opuse a su política fascista colonialista; finalmente, me envió al exilio político en la isla de Sao Tomé. Uno de los primeros pasos de Caetano al llegar al poder en 1968 fue dejarme en libertad. Pero un año y medio después se me forzó de nuevo al exilio, esta vez por pedir un urgente final de las guerras coloniales, un arreglo de paz basado en la autodeterminación».

El 22 de febrero pasado se produce un hecho insólito, la publicación del libro de Spínola, «Portugal y el futuro». Podrá hablarse en el país de un antes y un después del 22 de febrero. Hasta entonces, los generales se habían limitado a mantener en sus textos el fuego sagrado de la unidad y la individualidad del último imperio del mundo. Así, el libro del ultra general Kaulza de Arriaga, autor de «La respuesta portuguesa», resumen de sus reflexiones como comandante en jefe de Mozambique, donde se le conoció como «La Pantera Rosa». Kaulza es uno de los duros del régimen junto al ideólogo Franco Nogueira, nueve años ministro de Asuntos Exteriores («Ultramar no es negociable. No conozco ningún país que discuta sus derechos nacionales»), y como cabeza de esta trinidad político-militar de la extrema derecha, el Presidente Américo Thomaz, prolongación de Salazar, octogenario activo e implacable, el auténtico hombre fuerte en la crisis del pasado 16 de marzo.

No deja de ser curioso que la editorial Arcadia, que lanza el libro de Spínola, haya sido absorbida muy poco antes por el mamut de los grupos de empresas del país vecino, la todopoderosa CUF, Compañía Unión Fabril, que integra a más de cien empresas, «más de un décimo del capital social de todas las sociedades existentes en Portugal» (1). De la industria petroquímica y textil había pasado a la banca, para convertirse en el mayor grupo financiero del país. Entraba asimismo en el sector editorial; patrocina y bendice el libro de Antonio Spínola, y confirma de esta manera lo que me habían dicho en los primeros días de mi llegada a Lisboa: la CUF intentaría un desenganche de la dependencia indus-

(1) «Sociedades e grupos em Portugal», de Maria Belmira Martins. Editorial Estampa, Lisboa, 1973.

trial y comercial de las colonias para mirar hacia el futuro económico desde Portugal con sólo los recursos de la metrópoli. Sea como fuere, el libro, de 244 páginas, comenzó a ser a partir del 22 de febrero un revulsivo de las engañosamente tranquilas aguas de Portugal. Recogía las tesis ya conocidas de «examen realista» del problema de ultramar a través de las declaraciones que hizo como gobernador de Guinea al semanario «Vida Mundial». También el experto en temas del «Africa portuguesa», el inglés Basil Davidson, había seguido con interés la evolución hacia el pesimismo del general Spínola. En efecto, la guerra de Guinea, como la de Angola o Mozambique, no tenía una solución militar. «El libro, me había dicho un spinolista, ha sido una sorpresa tan sólo para algunos, los que no conocían las ideas de Spínola y su trabajo en la

El general Spínola, a la salida de su casa de la calle Rafael de Andrade.





Las fuerzas sitiadoras del cuartel de Caldas da Rainha.

infraestructura guineana, la formación de un Congreso guineano en 1969, su destreza militar y su respeto por el enemigo, que le valió palabras de reconocimiento por parte del asesinado Amílcar Cabral.

Si uno de los capítulos del libro se refiere a «nuestras contradicciones», cabría examinar con la misma óptica las contradicciones del libro. Su lenguaje totalizador, que trata de estar al día, sus utopías, su gaullismo. La idea de una Mancomunidad luso-africano-brasileña como solución a la guerra co-

lonial la había visto ya en la glosa que Raúl Rego, periodista y escritor, director del periódico que cataliza a la oposición democrática, «República», hace en su libro «Continuidades» (2) al discurso electoral de Caetano, en torno a la potenciación de la inoperante Comunidade Luso-Brasileira. Raúl Rego me ha dicho en su despacho de «República», como podía esperarse, que para la oposición el libro de Spínola es más un análisis realista de la situa-

(2) «Continuidades». «Cuadernos República». Lisboa, 1973.

ción de las colonias que un programa de democratización. Raúl Rego me habla de sus «sesenta años en los que sólo ha conocido el silencio», cree en el triunfo de la línea dura de Americo Thomaz, así como cree también en la rápida toma de conciencia de los jóvenes oficiales. La nueva alternativa en Lisboa frente al «aquí-no-pasa-nada» es, junto al posible desbordamiento por la extrema derecha del profesor Caetano, la irreversibilidad de la protesta de los oficiales y el proceso de cohesión entre sus filas. Llegó un momento en que los ejércitos

coloniales entran en descomposición, y aunque resulta improbable que Portugal sufra un *Dien Bien Fu*, esta pérdida progresiva de moral sólo puede conducir al colapso en el ejecutivo militar, aislado de la tropa.

Bastante antes de que el libro de Spínola apareciera en las librerías, los capitanes y comandantes mantenían reuniones más o menos secretas en sus cuarteles en torno a la viabilidad de la guerra de ultramar, y a este descontento alguien quiso darle sólo un cariz de reivindicaciones salariales y nuevos baremos para los ascensos y promociones. El problema, sin duda, toca más a fondo, y la politización de los jóvenes oficiales y suboficiales se traslada en toda su intensidad al llamado manifiesto de «Las fuerzas armadas y la nación», que ya circula ciclostilado por cuarteles, guarniciones y academias militares. Ha llegado asimismo a las colonias, donde ya se conocía, por otra parte, un resumen de las tesis expuestas por Spínola en su libro a través del semanario «Expresso», que dirige el diputado liberal Balsamao. El ejército colonial entra así en una primera fase de su examen de conciencia. ¿Para qué seguir la guerra si está perdida? Hasta el propio Caetano dirá que Dios manda luchar, no ganar. Quizá también, en un proceso de causa a efecto, porque como decía un general norteamericano en Vietnam, los paracaidistas franceses de Indochina cometieron el error de admirar de alguna forma a sus enemigos y se sintieron fascinados por sus ideas. O porque, como escribía Marcus Flavinus, centurión de la segunda cohorte de la legión augusta, a su primo Tertullus en Roma en plena crisis de identidad y confianza, «por favor, tranquilízame lo más rápidamente posible y dime que nuestros conciudadanos nos comprenden, nos sostienen, nos protegen...». Son síntomas de crisis que desde Marcus Flavinus se han repetido en los ejércitos coloniales. Un buen día el centurión Flavinus o el capitán Carvalho se preguntan si la legitimidad de la lucha no está sólo en la caja fuerte de los gobernantes.

El manifiesto de los «jóvenes turcos» de las fuerzas armadas insiste en que «no es con el aumento de salarios (la conciencia de los militares no se vende) ni con beneficios sociales y privilegios de otros órdenes..., ni incluso con medidas precipitadas destinadas a hacer callar a las voces discordantes y a atenuar el descontento en el interior de las fuerzas armadas como el poder conseguirá tapan la brecha que se ha abierto, profunda y dolorosa, en la conciencia de la mayoría de los militares». Como puede verse, el estilo del «manifiesto de los capitanes» asimila las ideas de la oposición; «una solución política debe salvaguardar el honor y la dignidad nacional, así como todos los intereses legítimos de los portugueses instalados en Africa, pero debe asimismo tener en cuen-

El proceso de «las tres Marías»

¿Quién violó a María Emilia Correia?

En el cargado ambiente de Lisboa, la declaración de la actriz María Emilia Correia en el proceso de «las tres Marías», hecha el 18 de marzo, tiene un enorme valor. «Las tres Marías» son tres escritoras, María Barreno, María da Costa y María Horta, que publicaron un libro con el título «Nuevas cartas portuguesas», de acusación por la situación de la mujer en Portugal, en un tono parecido al de las «Women's Lib» en Estados Unidos y otros lugares del mundo: el libro fue secuestrado, y sus autoras detenidas, porque según la acusación contenía pasajes «inmorales y pornográficos» (TRIUNFO, núm. 594). El proceso se celebra con una enorme lentitud; pasan a veces meses entre cada sesión.

Al celebrarse, ahora, la novena sesión, ha comparecido como testigo de la defensa la actriz María Emilia Correia, de veintisiete años. Y ha dicho que el trato que dan los hombres a las mujeres en Portugal es lo que constituye la verdadera ofensa a la moral, a las buenas costumbres. Las obscenidades que los hombres dicen a las mujeres en la vía pública son mucho más pornográficas que cualquier libro. «Otro aspecto de la moral consiste en una forma de trato al que las muchachas de este país están sometidas: ser violadas

por los señores. Yo misma fui violada cuando tenía quince años: y por una persona muy bien conocida en esta ciudad». María Emilia Correia no dio el nombre de su violador.

La actriz, que es también periodista, defendió el libro en el sentido de que no se trata de ninguna manera de material pornográfico, sino de una antología de cartas, poemas y ensayos que se refieren a la condición femenina en Portugal y en el mundo; contra la discriminación que se ejerce en contra de las mujeres y la forma en que son tratadas como objetos.

El testimonio ha sido muy valiente; y muy comentado en Lisboa y en el extranjero. El caso de «las tres Marías» se ha hecho popular: es difícil una sentencia condenatoria, pero también lo es una absolución. El recurso, hasta ahora, es ir aplazando las sesiones con objeto de dejarlo olvidar antes de que se pronuncie la sentencia.

La cita de María Emilia Correia —la cuarta María— está consolidada como la posibilidad de que la actriz puede llegar a denunciar públicamente el nombre de la persona que la violó cuando tenía quince años, y que puede también relatar otros casos que conoce.

ta la realidad indiscutible e irreversible de la aspiración profunda de los pueblos africanos a gobernarse por sí mismos. Los militares conscientes saben que una solución así no será aceptada por el poder, que se arroga el solo una exclusividad en materia de patriotismo y se pretende apoyado por la nación. Nosotros contestamos esta exclusividad y este apoyo. Es, sin duda, la que firma el manifiesto donde sí se pide una democratización del país el ala más radicalizada políticamente del ejército. Nadie puede saber hasta dónde llega cuantitativamente.

Es muy difícil que la depuración que ya se ha puesto en marcha con el apoyo de la DGS y la GNR, Guardia Nacional Republicana en el seno de las fuerzas armadas, logre cortar de raíz este espíritu de revisión y crítica, libre de examen, entre los jóvenes oficiales. Caldas da Rainha y el intento de la madrugada del sábado 16 de marzo de marcha sobre Lisboa, frenada a pocos kilómetros de la capital, con vuelta atrás y deposición de armas (armas sin municiones, según alguna versión que he oído en Lisboa), es un episodio confuso, aunque revelador, de que algo puede moverse en el futuro. Negativa a embarcar a ultramar, resistencia pasiva en los cuarteles o enfrentamiento abierto entre las diversas facciones son algunas de las hipótesis que pueden hacerse para el futuro. Las fuerzas armadas están divididas, y la contestación desde dentro de Spínola, un hombre que hizo la guerra civil española con Franco, y estuvo más tarde «como observador» en Stalingrado, le valía su destitución, como la de otros tres generales prestigiosos: el jefe del Alto Estado Mayor de las fuerzas armadas, Costa Gomes; el director de la Academia Militar de Lisboa y el almirante Bagulho. ¿La actitud silenciosa de Spínola? Antonio Spínola es un militar elegante, como surgido de Sandhurst, con monóculo a lo Von Stroheim, con pujos de pensador —¿habrá escrito el solo el libro?—, distante, vanidoso (hizo enviar copias dedicadas de su libro a los medios liberales), que se hace, como De Gaulle de Francia, «una cierta idea de Portugal». Ha actuado en el curso de la crisis con una calculada serenidad, y cuando le entrevisté me dijo antes de entrar en su Mercedes negro oficial, en su humilde casa de la calle Rafael de Andrade,

que creía en las informaciones oficiales de que eran 33 y no 200 los sublevados en Caldas da Rainha, que su libro no tenía nada que ver con el levantamiento y que no había chocado con el doctor Caetano. Es un anuncio, sin embargo, de que Spínola buscará el cambio dentro de un orden. En los días que han seguido al «putsch» de Caldas (pueblo de la sierra famoso por su cerámica pornográfica) hay quien cree que el propio Spínola se encargó de evitar una reacción en cadena en el seno del ejército. Convenció a los oficiales de la Academia de Caballería de Santarem, por donde pasaría la columna que marchó hacia Lisboa, de que no era el momento de pronunciarse. Otro tanto haría su amigo el general Costa Gomes. Está por ver el papel que jugó entonces el lugarteniente de Spínola en Guinea, el tantas veces condecorado y ahora detenido coronel Almeida Bruno. Lo cierto es que en los primeros momentos se temió una extensión del motín, y así el propio jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Paiva Brandao (que ha visto ahora recompensada su fidelidad con una rápida promoción), mandaba las tropas que tomaron posiciones en la cabecera de la autopista del norte que va de Lisboa a Oporto y en los accesos al aeropuerto cuando se acercaban los sublevados del regimiento de Infantería 5 de Caldas. Estuve allí para presenciar el despliegue de las fuerzas de Paiva Brandao sobre el dispositivo, y pude ver también cómo por arte de encantamiento desaparecían blindados, autoametralladoras y GMCs para dejar paso a la riada de los hinchas del Oporto CF con sus banderas azules y blancas. Una sedición sin un solo tiro, sin una sola gota de sangre (?) (la granada que mató a dos oficiales en Lamiago explotó, según dicen, fortuitamente); este tipo de accidentes suceden siempre fortuitamente en Portugal; y uno no podía dar crédito a sus ojos cuando en el foco de la rebelión, Caldas da Rainha, las tropas de la región militar de Tomar, al mando del brigadier Serrano, se retiraban a sus campamentos entre bromas y chistes como si allí no hubiera pasado nada. Mientras, los caldenses seguían sin excesivo interés el repliegue de los soldados a media tarde. «Spínola, Spínola, ¿quién es Spínola?», nos preguntaba un lugareño en Caldas da Rainha. ■ M. L. Fotos del autor.

DIVORCIO Y POLITICA.

TODO lo que está sucediendo en Italia en este momento (dentro de la política) está dirigido hacia una fecha: 12 de mayo. Día del referéndum en pro o en contra del divorcio. El tema concreto envenena la situación. Si a grandes rasgos puede considerarse que Italia está dividida entre divorcistas y antidivorcistas, y que, de una manera general, aquéllos pertenecen a una izquierda laica y éstos a una derecha religiosa, el pensamiento que cada votante deberá expresar ante las urnas es una cuestión muy personal. Obedece a su propia situación en la vida. A su sexo —la mayor parte de las mujeres, contra el divorcio—, a su edad —jóvenes divorcistas, clases senatoriales antidivorcistas— y también a su situación económica (los ricos pueden pasarse del divorcio y mantener situaciones irregulares a base de dinero, los pobres, no).

La Democracia Cristiana es partido declaradamente antidivorcista. Lo debe a su confesionalidad. La Iglesia mantiene que el matrimonio es un sacramento que no se disuelve nunca, hasta que la muerte separe a los cónyuges, y la Democracia Cristiana convierte el sacramento en política civil. Pero la Democracia Cristiana ocupa en este momento el poder —Rumor ha formado su quinto gobierno, que es el número treinta y seis desde la caída del fascismo— y, en tanto que poder, debe ser neutral ante un referéndum en el que la supuesta soberanía del pueblo debe decidir para sí mismo. Por lo tanto la Democracia Cristiana, en tanto que partido político, hace campaña a favor de la abrogación de la ley del divorcio; pero, en tanto que poder, debe conservarse neutral. Posición insostenible. Se resuelve en forma de división de trabajo: Fanfani lanza la campaña antidivorcista; Rumor, desde el gobierno, mantiene la neutralidad. Ya se le está acusando de no mantenerla, y de utilizar los canales de que dispone el gobierno —la televisión, la radio, los actos públicos— para inclinar la propaganda a favor de su partido.

Fanfani, que debe hacer la campaña antidivorcista a base del riesgo que supone para la estructura de la sociedad italiana tal como se conoce actualmente, y para su base, la familia, no puede evitar lle-

varlo al terreno de la política. La convierte en cruzada antimarxista. Y esto en razón de que el Partido Comunista italiano es quien conduce la campaña a favor del divorcio. La Democracia Cristiana y el Partido Comunista son los dos partidos más numerosos, más poderosos, de todo el país. Su enfrentamiento es rudo. Fanfani recuerda el toque de campana de la posguerra: pide un nuevo 18 de abril de 1945. Fue esa la fecha en que la Democracia Cristiana tomó el poder del que no ha podido ser desalojada nunca: todo lo más, lo ha compartido con los socialistas. Fue entonces cuando, dice Fanfani, los ciudadanos «de conciencia» decidieron dar su voto «al más grande de los partidos democráticos» para hacer frente «a los peligros que amenazaban al país». Los peligros eran el predominio comunista, de los comunistas formados en la guerrilla de la resistencia, en los que habían ido al comunismo como respuesta al fascismo. La Democracia Cristiana toca de nuevo a rebato, a la «solidaridad con todas las fuerzas democráticas» y promete que su partido no va a intentar una hegemonía dentro de esta alianza.

El Partido Comunista recoge el desafío: el 18 de abril de 1945, dicen, el pueblo italiano sufrió un chantaje: los americanos, que habían ocupado el país, ejercían sobre él su dominio, y amenazaban con sus armas en el caso de que en aquellas elecciones hubiese tomado el poder el Partido Comunista. El país votó por la Democracia Cristiana, porque estaba asustado no por el comunismo, sino por los americanos. La colusión de la Democracia Cristiana con el imperialismo de los Estados Unidos fue evidente en Italia —para los comunistas—, como en otros países europeos. La dirección del Partido —Berlinguer— publica sus puntos de vista en «L'Unità»: «... Nos encontramos en presencia de una pesada intervención de gran parte del clero y de la tentativa del Honorable Fanfani de resucitar el clima de los tiempos de las cruzadas del tipo del 18 de abril de 1948». «Gran parte del clero»: el Partido Comunista italiano entiende que hay otra parte del clero, una «minoría moderna», o avanzada, o progresista, que podría inclinarse por el divorcio o, al menos, por la neutralidad... Pero no duda en aceptar el reto de la politización del

PORTUGAL EN «TRIUNFO»

1972: «La evolución de Portugal», Méndez Ferrín, número 507. 1973: «Guinea portuguesa: el asesinato de Amílcar Cabral», número 539. «España, el paso de los portugueses», Catóira, número 540. «Herminio da Palma, cárcel y libertad en París», número 541. «Caetano y la extrema derecha», número 559. «Portugal, Mozambique y Gran Bretaña», número 564. «El caso de Mozambique, en los Comunes: los diputados se acusan de "fascistas" y de "hipócritas"», número 565. «El régimen se asegura», número 580. 1974: «Las tres Marías», número 594. «El general Spínola: "La guerra de África no se puede ganar"», número 596. «Crisis profunda en Portugal», E. Haro Tecglen, número 599.